

mel habia puesto á sus órdenes para que negociasen su rescate, habian desaparecido tambien, siendo inútiles cuantos esfuerzos habia hecho para encontrarlos.

Hernan Cortés dispuso entónces ir él mismo con todas sus fuerzas al Yucatan.

Antes de partir se despidió cortesmente del cacique, le encargó mucho la custodia del templo, y le aseguró que miéntras no faltase á la amistad que le habia jurado, tendria en él y en todos los suyos un defensor.

Al dia siguiente de tomar este acuerdo, se puso en marcha toda la escuadra, siguiendo el mismo rumbo que Juan de Grijalva, con ánimo de rescatar á los españoles, obedeciendo al mismo tiempo que al sentimiento humanitario, á la necesidad que tenia de sus conocimientos del país, para llevar á cabo su empresa de una manera satisfactoria.

CAPITULO XVI.

Una avería y un buen encuentro.



La desaparicion de los indios que habian acompañado á Diego de Ordaz en su viaje á rescatar á los cautivos, no habia tenido por causa, como habia presumido el capitan de la carabela, y habia hecho creer á Hernan Cortés, el propósito de quedarse con los dijes y bagatelas que les habia entregado para obtener con ellos la libertad de los españoles.

Tuvieron necesidad de internarse mucho, de sostener negociaciones bastante largas y complicadas, y por efecto de esto tardaron en volver á la carabela, é hicieron creer á Diego de Ordaz en su desercion.

Volvió este capitan sin los cautivos, y como hemos dicho ya, dispuso Hernan Cortés la partida de la escuadra.

Un siniestro fué causa de que la escuadra se viese obligada á retroceder.

No habria aún trascurrido desde su salida del puerto media hora, cuando en alta mar estremeció á todos el ruido de un cañonazo.

Dirigieron la vista hácia el sitio de donde habia partido el estruendo, y vieron que el buque de Juan de Escalante pedia auxilio á toda prisa.

Su navío se habia quedado muy atrás.

Insensiblemente, y por un orificio que las olas habian ensan-

chado, penetró el agua en el buque, y cuando lo notó el capitán dispuso que todos los tripulantes se dedicasen á arrojarla fuera, para evitar su inmersión.

Inmediatamente mandó disparar el cañonazo para pedir auxilio, y dió orden al piloto para que dirigiese el rumbo hácia la costa.

Las demas carabelas que formaban la escuadra estaban á bastante distancia unas de otras, y la de Hernan Cortés más léjos aún que todas, razon por la cual no pudieron prestar auxilio inmediatamente á Escalante.

Creyendo todos interpretar los sentimientos de Hernan Cortés, viraron para auxiliar á la carabela que se perdía; y como, gracias á los esfuerzos de los marinos y de los soldados, avanzaba hácia la costa, puede decirse que la escuadra empleó el día inútilmente, porque á la caída de la tarde todos los buques estaban en la orilla de la isla de Cozumel.

Alarmados los indios por aquel intempestivo regreso de las embarcaciones, acudieron en tropel á la playa, miéntras el cacique tomaba algunas medidas de precaucion.

Se habian despedido de él los españoles con las mayores protestas de amistad.

El habia cumplido todas las promesas que les habia hecho, y sin embargo, al ver llegar de nuevo las embarcaciones le sorprendió en extremo.

Al llegar cerca de la orilla, envió Escalante en una canoa varios marineros para que pidiesen auxilio al cacique; pero como aquellos hombres solo podian entenderse por signos con los indios, y éstos estaban recelosos, no lograron dar á entender su mision, hasta que uno de los indios pudo notar la avería que estaba experimentando el buque.

Cuando el cacique comprendió que le pedía auxilio, mandó á sus vasallos que acudieran en canoas á recoger á los marineros y trasportar á tierra todo el cargamento del navío.

Gracias á este socorro, cuando llegaron los buques á la carabela capitana, ya estaban en salvo todos los tripulantes, y el buque náufrago en disposicion de que los calafates pudieran carenarle y reparar sus averías.

—Ya que este inesperado siniestro nos ha obligado á tornar á vuestros dominios, dijo Hernan Cortés al cacique, no extrañareis que busque una prueba de vuestra amistad en la conducta que hayais observado durante nuestra ausencia. Miéntras que los soldados encienden hogueras en la playa para cocer los víveres y calentar su entumecido cuerpo, quiero ir en vuestra compañía con mis capitanes á visitar el templo cuya custodia os he confiado.

—Venid enhorabuena, que me dareis gran alegría, dijo el cacique á Hernan Cortés.

Trasladáronse, en efecto, al paraje en donde sobre las ruinas de la idolatría se habia levantado un templo al verdadero Dios, y vieron con asombro los españoles gran número de indios prostrados de hinojos ante la imágen de la Virgen, ante la Cruz, y notaron gran esmero y limpieza, aspirando los riquísimos aromas que habian quemado en aras de nuevos patronos los indios de Cozumel.

—Hemos adelantado mucho para nuestros planes, dijo Cortés á los suyos; esta gente nos ayudará siempre, nos profesará su amistad, porque hemos ofrecido á su alma las dulzuras desconocidas de la religion más pura y más verdadera, y unidos á nosotros por ese sentimiento, serán siempre nuestros aliados, lucharán por nosotros si es preciso.

No se equivocaba el hábil político y valiente guerrero al hacer aquella suposicion.

Retiróse con sus capitanes, y debiendo partir al dia siguiente, porque los carpinteros de todos los buques habian trabajado para dejar como nuevo el navío de Escalante, dispuso que durmiesen á bordo de cada una de las carabelas los marineros y

soldados de su dotacion, cenando en la capitana con todo su estado mayor.

Al amanecer del dia siguiente, un vigía anunció que á lo léjos se divisaba una gran canoa, en la que iban muchos indios armados.

Hernan Cortés mandó que Andrés de Tapia saliese con algunos soldados para averiguar quiénes eran aquellos indios, y qué actitud tenian respecto á la escuadra.

Melchor acompañó al enviado de Hernan Cortés.

Cuán grande no seria el asombro del enviado español, al ver que entre los indios, uno de ellos, casi con el mismo traje que usaban los demas, adelantándose al frente de todos, gritó en idioma castellano:

—¡Salud, hermanos míos! ¡Dios sea loado, que me trae á vuestros brazos!

Los españoles se miraron unos á otros sin poder darse cuenta de lo que pasaba.

El hombre que les hablaba de aquel modo tenia todo el aspecto de un indio.

Una manta de algodón cubria en parte sus formas.

Sus cabellos caian en desórden por su frente y por sus espaldas.

Melchor, el intérprete, calmó el asombro de los españoles, diciéndoles:

—Los indios que acompañan á ese que os ha hablado en vuestro idioma, son los emisarios que envió el cacique de Cozumel para que el capitán Diego de Ordaz pudiese rescatar á los cautivos. Tal vez ese que os ha hablado es uno de los prisioneros.

En vista de estas explicaciones, mandando acercar Tapia el bote donde estaban á la canoa de los indios, hizo pasar á bordo al que tan bien hablaba el castellano, le abrazó afectuosamente, y el infeliz, deshaciéndose en caricias hácia aquellos hombres, que le recordaban su niñez, su patria, su idioma, todo su pasado, que condensaban todas sus esperanzas, no pudo ménos al verse

entre ellos de caer de rodillas, y pronunciar con sublime emocion una de las oraciones que habia aprendido en los hermosos dias de su infancia.

—¿Sois español? le preguntó Andrés de Tapia

—Sí, hermano vuestro.

—¿Estabais cautivo?

—Hace ya mucho tiempo.

—¿No vinisteis á estos parajes con don Juan de Grijalva?

—No; no sé de quien me hablais.

—¿Tal vez vinisteis ántes con Fernandez de Córdoba?

—No le he conocido tampoco.

—¿Entónces han venido ántes que esos capitanes que os he nombrado algunos otros á estas islas? le interrogó Andrés de Tapia.

—Lo ignoro; ya he perdido la cuenta del tiempo que estoy aquí; pero lo ménos han pasado ocho años.

—Venid, venid á ver á nuestro jefe Hernan Cortés, que él se alegrará mucho de veros, de oír todo cuanto sepais acerca de estos parajes, y sobre todo, experimentará una inmensa alegría por haberos arrebatado de manos de los indios.

—¡Si supierais cuánto he sufrido!

—Tranquilizaos ahora y venid. Tú, Melchor, añadió dirigiéndose al intérprete, haz que vengan con nosotros los indios de Cozumel, para explicar su conducta y los motivos en que han fundado su prolongada ausencia, su abandono, la falta de disciplina á don Diego Ordaz.

El inesperado encuentro del español, bajo la forma de indio, reunió á todos los capitanes en la carabela de Hernan Cortés para conocer á aquel hombre extraordinario, y sobre todo, para oír la narracion de sus interesantes desventuras.

Todos le acosaban á preguntas; pero era tal la emocion que experimentaba, tal la alegría que sentia en su pecho al volver-

se á ver entre españoles, entre hermanos, que durante mucho tiempo no pudo hablar.

Todo era en él exclamaciones de júbilo.

Al mismo tiempo notaba una cosa muy triste.

Durante ocho años no habia hablado el español, y en este tiempo habia olvidado muchas palabras, muchas frases.

A lo mejor no sabia expresar sus ideas, y con la vehemencia de los mudos, con la mirada ardiente y escrutadora, parecia pedir las frases, las palabras de los que le rodeaban, y se desesperaba cuando tardaban en comprenderle.

No era este hombre el único español que habia cautivo en poder de los indios del Yucatan.

Oigamos lo que oyeron Hernan Cortés y sus capitanes: la historia de aquel hombre que la Providencia ponía en contacto con uno de sus hijos predilectos.

CAPITULO XVII.

Historia de un cautivo.



ERÓNIMO de Aguilar llamábase el cautivo que volvia gozoso al lado de los españoles, sus hermanos, y habia nacido en la ciudad de Ecija en 1488.

Apénas habia cumplido treinta años, y sin embargo, las arrugas que surcaban su rostro, las canas que se mezclaban con sus cabellos negros, daban á su fisonomía el aspecto de la vejez.

Para simplificar, relataremos á grandes rasgos su historia.

Nació en el seno de una pobre familia.

Su padre habia sido un modesto alfarero.

A los veinticuatro años se casó con una labradora muy rica y muy devota.

Siempre estaba honrada la alfarería con la presencia de algunos de los padres de los conventos de la ciudad.

Antonio de Aguilar amaba á Aldonza, su mujer, y saludó con entusiasmo el nacimiento de su primer hijo Jerónimo.

Aún no habia cumplido un año la criatura, cuando su esposa falleció, y uno de los amigos del viudo, queriendo consolarle:

—No llores tanto, le dijo; al fin y al cabo, aunque sienta decirte, no has perdido gran cosa. Tu mujer admitia con frecuencia las visitas que sabes, y por el pueblo se murmura....

No quiso oír más Antonio.

Desde aquel momento cerró su puerta á los antiguos amigos